



Por Diácono José M. Santos

AMAR

Amar es el primer verbo, es la primera palabra en los mandamientos de la ley de Dios. Los mandamientos están organizados de tal manera que el primero es prioridad, sin quitar la importancia de los demás. Amar a Dios y al prójimo. Prójimo es la última palabra en los diez mandamientos.

El nuevo mandamiento de Jesús es; “Les doy este mandamiento nuevo: Que se amen los unos a los otros, así como yo los amo a ustedes. Así deben amarse ustedes los unos a los otros. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos.” (Jn 13, 34-35)

El amor es contrario al egoísmo; el que ama se entrega, está dedicado al otro, busca complacer a la persona amada, está atenta a la persona amada, le asiste en sus necesidades, se da a sí mismo(a) como una ofrenda sin esperar nada a cambio, se alegra del bien del prójimo.

El que no ama, en su ego, busca ser amado, quiere ser complacido por otros, desea ser superior a los demás. En su ambición quiere tener más de lo que necesita, nunca está complacido, envidia a los que progresan, quiere todo lo fácil, es tacaño y promueve el mal.

Dios es quien te ha amado primero, él te creó a su imagen, te dio vida y vida en abundancia. El Señor puso toda la creación al servicio de los hombres, les dio autoridad sobre todo lo creado. Él te dio sabiduría e inteligencia, capacidad para discernir, puso en ti un corazón que no duerme, el aire a tu servicio, el agua fresca para saciarte, los alimentos para que seas fuerte.

Así dice el Señor; “Pero ahora, Israel, pueblo de Jacob, el Señor que te creó te dice: «No temas, que yo te he libertado; yo te llamé por tu nombre, tú eres mío. Si tienes que pasar por el agua, yo estaré contigo, si tienes que cruzar ríos, no te ahogará; si tienes que pasar por el fuego, no te quemará, las llamas no arderán en ti. Pues yo soy tu Señor, tu salvador... **porque te aprecio, eres de gran valor y yo te amo.** Para tenerte a ti y para salvar tu vida entrego hombres y naciones. (Is 43, 1-4)

Dios te ama y quiere lo mejor para ti. Él está contigo siempre, nunca te ha dejado sólo, aunque no lo veas, ni lo sientas. Por fe sabemos y tenemos la certeza de la presencia de Dios siempre y en todo momento. Mantenemos la esperanza que no defrauda, porque el Señor siempre cumple sus promesas.

El amor no lo podemos ver, pero lo podemos sentir en nuestros corazones. El amor que sentimos lo podemos expresar con palabras, gestos y detalles, también lo podemos expresar con sacrificios por el ser amado. Al evitar disgustar. Complacer en todo lo que podemos, también al soportar por amor. Hay muchas maneras de expresar cuanto se ama.

Así dice quien más te ama: “Pero ¿acaso una madre olvida o deja de amar a su propio hijo? Pues aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré.” (Is 49, 15) El amor de Dios es más grande que el amor de una madre. Rara vez una madre se olvida de amar a su hijo. Él que te creó, nunca jamás se olvidará de ti. Es necesaria la fe, para saber y creer y sentir que Dios te ama.

Hay momentos en la vida, cuando tenemos problemas y pasamos por diferentes dificultades, que parecen que el Padre Dios te ha olvidado, pero su palabra dice: “Aunque las montañas cambien de lugar y los cerros se vengán abajo, mi amor por ti no cambiará ni se vendrá abajo mi alianza de paz. Lo dice el Señor, que se compadece de ti.” (Is 54,10)

Amar a Dios sobre todas las cosas, esto lo he aprendido de memoria, también es mi testimonio de fe, tengo la certeza de que Dios me ama, y no dudo ni un momento. También vivo procurando amar al prójimo en todo momento que tengo la oportunidad de hacerlo.

Los mandamientos de la ley de Dios, son diez y pueden resumirse en dos: Amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. Amar es lo más importante, esto es lo que Dios hace. Todos podemos y debemos amar, amar hace feliz a quien ama y también a la persona amada. La solución a la mayoría de los problemas de los hombres, se resuelven al amar. “Ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín.

Mientras escribía este artículo, me detuve a mitad, me puse de pie y caminé hacia donde mi vecino, para pedirle permiso de que me dejara echarle aceite a su calentador. Supe que la familia no tenía agua caliente, ni suficiente calefacción por más de una semana, así lo hice, faltaban dos días para Navidad. En la víspera de Navidad me vino a visitar para darme las gracias y nos dimos un abrazo de felicidad.

Yo no debería, escribir y hablar del amor, cuando yo sé que alguien cercano a mí no tiene lo necesario. Hace pocos días, al salir del supermercado, se me acercó un padre de familia, me pidió ayuda para comprar una lata de leche para su pequeño de meses; me volví con él y pagué para asistir a alguien en necesidad. Estos gestos de amor producen en mi interior la satisfacción del deber de amar al prójimo. Gracias Señor porque me dejas ayudarte.